



BORIS
VOLODARSKY

EL CASO
ORLOV

LOS SERVICIOS
SECRETOS SOVIÉTICOS
EN LA GUERRA
CIVIL DE ESPAÑA



CRÍTICA

Boris Volodarsky

El caso Orlov

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Agradecimientos

Prólogo

1. El telón de fondo: descubriendo el pastel español. Una introducción muy breve
2. Los servicios de inteligencia y de seguridad de la Unión Soviética en vísperas de la guerra civil española. Un resumen muy breve
3. La Komintern, el tráfico de MASK y el inicio de la guerra civil española
4. Estimados camaradas: agosto de 1936-enero de 1937
5. El ilegal
6. El NKVD y sus «vecinos» en España: 1937
7. Tareas especiales: enero de 1937-marzo de 1938
8. Los «hechos de mayo» y la Operación Nikolai
9. Hombres de artes y letras al servicio de los servicios
10. Mil novecientos treinta y ocho
11. Mentiras ciertas

Abreviaturas y acrónimos

Archivos y bibliografía

Notas

Créditos

Para Valentina

No existe el juicio final de la historia.

PAUL PRESTON

Agradecimientos

EN PRIMER LUGAR, me gustaría aprovechar la oportunidad para agradecer al eminente historiador británico Paul Preston su inestimable ayuda y amistad. La inspiración y los consejos prácticos que me ofreció durante los muchos años que duró la elaboración de este libro hicieron que la investigación y el trabajo fueran mucho más eficaces y, por supuesto, mucho más placenteros. Como sin duda reconocerá todo aquel que haya tenido ese privilegio, trabajar con Paul ha sido y sigue siendo verdaderamente una experiencia única.

El destacado erudito y diplomático Ángel Viñas, especialista en la guerra civil española, y que desde 1983 es catedrático de economía en la Universidad Complutense de Madrid, me dio consejos muy valiosos, a pesar de estar ocupado en ese momento escribiendo cuatro importantes volúmenes sobre la guerra civil española publicados por esta casa. Le agradezco todo lo que hizo.

Además de leer sus libros y artículos sobre los diversos aspectos de la guerra, con la profesora londinense Helen Gra-

ham tuve el placer y el privilegio de comentar en persona detalles relacionados con los temas que constituyen su especialidad. Su disposición a ayudar y a compartir conmigo ideas y materiales ha sido uno de los aspectos más memorables del trabajo con Helen.

Este libro no podría haberse escrito sin las obras pioneras del profesor de Cambridge Christopher Andrew. Los suyos son, con diferencia, los mejores libros sobre las operaciones de la inteligencia soviética, así como de la historia del servicio de inteligencia y los servicios de seguridad británicos. Me siento muy orgulloso de formar parte del Seminario sobre Inteligencia Internacional del profesor Andrew.

Fue difícil acceder a tantas fuentes de archivo en distintas partes del mundo, así que me siento en deuda en particular con Jorge Sáenz Carbonell, embajador y director de investigación de historia diplomática, de Costa Rica, que ha acabado convirtiéndose en un buen amigo. Recibí una gran ayuda de Gail Malmgreen, jefa asociada de las colecciones de archivo, Tamiment Library, Robert F. Wagner Labor Archives, Universidad de Nueva York, Nueva York; Anatol Shmelev, archivista de proyecto, RFE/RL Collection, Hoover Institution, Stanford University, California; Martin F. Russell de los archivos nacionales en College Park (NARA), Maryland; Russell A. Nichols, jefe de la Oficina de Protección de la Intimidad por la Libertad de Información del Centro de Seguridad e Inteligencia del ejército estadounidense, Fort George G. Meade, Maryland; Celia Ashworth de los archivos nacionales de EE. UU., Kew, Richmond; Anthony Tedeschi de la Lille Library, Bloomington, Indiana; Hans Landauer, fundador y supervisor de los Archivos Documentales de la Resistencia Austríaca (DÖW), Viena; y Fra' Elie de Comminges, conservador de los archivos del Palacio Magistral y las bibliotecas de la Orden de Malta, Roma.

También fui bien recibido por los archivistas de la ciudad de Viena, de quienes obtuve amable ayuda, así como de otros en Estados Unidos, Rusia, Francia, Bélgica, Alemania, Suiza y Gran Bretaña.

También me he beneficiado en gran medida de los acertados comentarios de Hugh Thomas (*lord Thomas*) en Gran Bretaña, Stanley S. Payne y George R. Esenwein en Estados Unidos, Peter Huber y Ralph Hug en Suiza, Reiner Tosstorff en Alemania, Jesús F. Salgado y Antonio M. Díaz Fernández en España, y Nikita Petrov en Moscú. Mi especial agradecimiento al profesor Barton Whaley de la Naval Postgraduate School en California por los valiosísimos manuscritos a los que se hace referencia en las notas, que me proporcionó con gran amabilidad.

También me gustaría dar las gracias a Maria Dolors Genovès, directora y autora del documental de TV3 titulado *Especial A. Nin: Operació Nikolai*, una película fantástica desgraciadamente poco conocida entre el público de habla inglesa. Obtuve perspectivas muy valiosas a partir del material que me entregó de la filmación de su equipo en el despacho de prensa del KGB en Moscú.

Tal vez el apoyo documental más importante procede de los materiales desclasificados del KGB, la CIA, el FBI y el servicio de inteligencia francés que me proporcionó el profesor Hayden B. Peake, conservador de la colección histórica del servicio de inteligencia de la CIA. Gary Kern, autor de varias obras importantes sobre la historia de la inteligencia soviética, encontró tiempo para orientarme y comentar el caso Krivitsky, sobre el cual ha escrito una investigación impecable basada en una impresionante recopilación de pruebas documentales.

No podría haber llevado a cabo el proyecto de este libro sin el consejo de amigo y profesional del doctor Tennent H. Pete Bagley, antiguo agente duro del servicio de inteligencia, reconocido experto en historia de la inteligencia soviética y autor de dos libros importantes sobre el KGB. Warren *Bud* Williams, antiguo agente de los servicios de inteligencia y condecorado miembro de los Ranger del ejército estadounidense, que defendió su tesis doctoral en el Reino Unido a los setenta años, también aportó consejos importantes. Un agradecimiento especial a la doctora Kirsten Schulze del Departamento de Historia Internacional, London School of Economics and Political Science, por su apoyo y comprensión, al doctor Richard Baxell por su ayuda y, por supuesto, a Ana de Miguel, Susana Grau y Jerry Blaney del Centro Cañada Blanch de Estudios Hispánicos Contemporáneos, LSE.

Por último, aprovecho la oportunidad para dar las gracias a mi mujer, Valentina. Durante nuestros treinta y cinco años de matrimonio me ha ofrecido su apoyo incondicional en todo lo que he hecho. Sin su comprensión, probablemente jamás habría sido capaz de escribir nada. Por lo tanto, este libro (así como todos los demás) está dedicado a ella.

Prólogo

DE TODAS LAS POTENCIAS intervinientes en la guerra civil española, un conflicto ya internacionalizado antes de que estallara el 18 de julio, la más exótica y desfigurada fue la Unión Soviética. De todas las actuaciones soviéticas de cara a ella la más tergiversada, manipulada y exagerada ha sido la de sus servicios de inteligencia.

En ambos aspectos, que todavía siguen generando una subliteratura ayuna de fuentes primarias y abundante en

mitos, se han registrado en los últimos diez o doce años avances considerables.

Como ocurre en historia, ello ha sido debido a la aparición y explotación de la evidencia primaria relevante de época y a la utilización de nuevos paradigmas. Es decir, a la aplicación a los campos más controvertidos de los motores que han hecho del relato histórico un producto científico.

Los nombres, más o menos por orden cronológico, de autores españoles y extranjeros que han ido desbrozando el camino y encontrando nueva evidencia empírica son ya numerosos. Entre ellos figuran Antonio Elorza, Marta Bizcarrondo, Yuri Rybalkin, Maria Dolors Genovès, Gerald Howson, Mary R. Habeck, Daniel Kowalsky, Frank Schauff, quien esto escribe, Fernando Hernández Sánchez y Josep Puigsech Farràs. A ellos viene a añadirse el autor de este libro.

Boris Volodarsky, desconocido todavía del público español (aunque no de algunos especialistas), aporta a la común tarea de hacer progresar el conocimiento científico cualidades que ninguno de los autores mencionados ha podido reunir. Es ruso e hizo sus primeras armas en el servicio de inteligencia militar. Vive desde hace años en Occidente. Combina un conocimiento exhaustivo de los servicios secretos soviéticos y el rigor que cabe esperar de un doctor en historia por la London School of Economics and Political Science gracias a una tesis dirigida por el profesor Paul Preston.

Nada más esperanzador, pues, para hacer avanzar la historiografía de la guerra civil en campo tan controvertido como el que es objeto de este libro que tal amalgama de origen, profesión, interés y dedicación.

Boris y quien suscribe nos conocemos desde hace años. Hemos intercambiado mucha información, dudas, preguntas, respuestas y desafíos. Boris intentaba poner al descubierto lo que hubo detrás de uno de los mayores camelos en la historia del espionaje de todos los tiempos. Trataba de explicar cómo un agente del NKVD, conocido bajo el seudónimo de Alexander Orlov, había podido engañar a sus superiores, a los servicios de inteligencia norteamericanos (CIA y FBI), al agosto Congreso de los Estados Unidos, a una amplia gama de avezados historiadores y hasta a su «cuidador» del FBI, desde el tiempo que abandonó su puesto de jefe del NKVD en España en 1938 hasta su fallecimiento en 1973.

La actividad de Orlov como agente de inteligencia en nuestro país comenzó cuando llegó a Madrid en septiembre de 1936. El año y medio que pasó en la España republicana fue determinante para su carrera en la sombra ulterior, refugiado en Estados Unidos. Cabría pensar que fue uno más de los tráfugas que abandonaron la URSS para escapar al previsible tiro en la nuca. Pero Orlov no fue, en realidad, uno más. Fue diferente.

Volodarsky hubo de introducirse en el galimatías de la guerra civil por un estrecho sendero apenas trillado, aunque muy mitificado entonces y hoy. En ese galimatías coincidieron nuestros intereses armónicamente. Yo estaba empeñado en los albures de mi trilogía (con una coda escrita mano a mano con el profesor Fernando Hernández Sánchez) sobre la República en guerra. Boris tuvo que abarcar la actuación de los servicios de inteligencia soviéticos. Yo terminé la trilogía, sus antecedentes y sus consecuencias, mientras Boris escribía su tesis. Pero no dejó de lado a Orlov.

Hoy aparece en castellano su desbrozamiento de la gestión de tal agente en España en el contexto de la actuación de los servicios de inteligencia soviéticos. Una versión ampliada y no tan centrada en el caso español la publicará próximamente Oxford University Press.

El esfuerzo titánico que Boris ha desplegado durante los últimos diez años será así conocido en dos de los principales idiomas del mundo occidental. Las generaciones venideras de estudiosos, historiadores, periodistas y fabuladores se verán obligadas a tener en cuenta una historia que conjuga hábilmente conocimiento, evidencia primaria a cántaros y profesionalidad. Me atrevo a pensar que poco podrá decirse sobre el marco internacional de la guerra civil sin hacer referencia a la presente obra. También me atrevo a sugerir que algunos historiadores de nota (españoles, británicos, norteamericanos, franceses, alemanes, italianos y rusos, entre otros) tendrán que revisar sus aportaciones, muchas de las cuales han quedado obsoletas. Algo absolutamente normal en el avance historiográfico.

En este país, sin embargo, en donde proliferan turiferarios que proclaman a los cuatro vientos las virtudes de sus historias «finales» y «definitivas», la lección que se desarrolla en este libro es particularmente bienvenida. ¿Qué dirán los embaucadores de derechas o de la extrema izquierda, todos ellos acordes en desfigurar la lucha épica de una parte del pueblo español por preservar las conquistas democráticas del pasado?

En puridad, esta obra es también una historia del «vector oculto» en las relaciones internacionales de la época. Algo cuya importancia los historiadores académicos han empezado a reconocer no hace mucho tiempo pero que nunca escapó a todos los que hemos tenido algo que ver con actuaciones políticas de cara al exterior. No extrañará,

por ello, que encierre igualmente un cuasidiccionario, bastante exhaustivo, de los hombres que obraron en la sombra en aquellos tiempos tumultuosos.

Boris deplora, como yo, que todavía no se hayan abierto a la investigación los repositorios en los que se remansa la documentación que probablemente alumbrará mejor algunos ámbitos todavía oscurecidos. Los archivos del KGB están cerrados. Normal, se dirá. Pero no es tan normal, me parece, que también continúen tras cerrojos de siete llaves los archivos del MI6 británico. Curiosamente, los extremos se tocan. Los documentos secretos de las dos potencias que con mayor contundencia, por activa o por pasiva, definieron el contexto externo en el que desarrolló la guerra civil comparten un destino común: la inaccesibilidad y, por ende, la preservación del silencio.

Ahora bien, para ser justos deberíamos denunciar igualmente la postura oficial española a lo largo de los últimos tiempos: se rumorea en los medios especializados que toda la documentación procedente del servicio de inteligencia militar (las 2.^a bis) sigue prohibida a la investigación y no solo la referida a la guerra civil sino desde ¡1902! ¿Rumor infundado? Algo debe de haber porque son inexistentes los libros que hayan hecho uso de tales fondos.

Será, pues, preciso concluir que nuestros democráticos Gobiernos algo deben temer cuando muestran tantas preveniciones a que los historiadores —seres por lo general inquisitivos— hurguen en las tinieblas del pasado. Quizá porque puedan poner a la luz alguna que otra miseria que conviene mantener oculta. ¿Para siempre? Es mala cosa dar la espalda al pasado porque es una de las formas de asegurar que no termine de pasar.

Pero esto no significa que no pueda decirse nada. Se puede y se debe. El libro que el lector tiene en sus manos es la mejor demostración de ello.

Quien lo lea, y espero que sean muchos los picados cuando menos por la curiosidad, se adentrará en un mundo tenebroso: el de los suministradores de información bruta, el de la imbricación o no de los resultados de su actuación en las grandes decisiones políticas de la era estalinista, el del misterio de las acciones encubiertas, el de los golpes sucios y de sus resultados... La materia que ha dado origen a tantas novelas de espionaje, si bien lo que se cuenta en las páginas que siguen no es ficción sino la realidad pasada, recuperada a base de esfuerzos en innumerables archivos e interpretada por la mente analítica del historiador.

¿Qué aporta, pues, en concreto este libro?

En primer lugar, el reflejo documentado de la actuación de los servicios de inteligencia soviéticos en España durante la guerra civil. Un tema sobre el cual proliferan mitos y leyendas. Fueron cuatro: el del Ejército Rojo, el de la Marina, el del NKVD o policía de seguridad del Estado y el OMS, subordinado a la Komintern. Con competencias bastante bien delimitadas y ninguno de ellos suficientemente aclarado. El que más se ha prestado a la leyenda fue, naturalmente, el NKVD, y cuyo segundo jefe de estación o de puesto (no el primero, como sigue repitiéndose sin pausa) fue Orlov.

En segundo lugar, la destrucción de la leyenda que Orlov tendió en torno suyo. Ni fue general, ni estuvo detrás de la operación de envío de la tercera parte del oro del Banco de España a Moscú, ni mucho menos fue un adiestrador de las guerrillas republicanas. Fue el hombre, no especialmente preparado, para montar un servicio de inteligencia